

TOM BURGIS



DINERO SUCIO



EL PODER REAL DE LA CLEPTOCRACIA
EN EL MUNDO

Ariel

Tom Burgis

Dinero sucio

El poder real de la cleptocracia en el mundo

Traducción de Beatriz Ruiz

Ariel

Título original:
Kleptopia: How Dirty Money is Conquering the World

Primera edición: enero de 2022

© 2020, Tom Burgis
© 2021, Beatriz Ruiz Jara, por la traducción

Derechos exclusivos de edición en español:
© Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona
Editorial Ariel es un sello editorial de Planeta, S. A.
www.ariel.es

ISBN: 978-84-344-3477-6
Depósito legal: B.75-2022

Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel ecológico y procede de bosques gestionados de manera sostenible.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



Sumario

<i>Un apunte sobre la verdad</i>	11
<i>Elenco</i>	13

PRIMERA PARTE CRISIS

1. El ladrón	21
2. Un festín	27
3. Túneles	44
4. El Estado dual	50
5. Silueta	64
6. Señor Billy	68
7. Cierre	78
8. El oligarca caído	81
9. Clasificado	91
10. Saldar deudas	94
11. El confidente	96
12. Lo real	111

SEGUNDA PARTE CRISÁLIDA

13. Inicios	115
14. Big Yellow	125

15. Órganos fiscalizadores	141
16. El <i>Savarona</i>	144
17. Caja B.	151
18. El reino del Señor.	160
19. Miedo.	164
20. Estabilidad.	179
21. Demasiado grande para la cárcel.	195
22. Sasha y Seva.	197
23. La Copa de la Amistad	210
24. Presunción de regularidad.	214
25. Un auténtico antro	223
26. Gusto por el riesgo	232
27. Dobles	234
28. El sistema.	239

TERCERA PARTE
METAMORFOSIS

29. Conquista.	245
30. Privacidad	252
31. El puente	257
32. Sus huellas no las conoce nadie.	263
33. Ganadores	269
34. Santo o pecador	276
35. El futuro.	297
36. El hombre sin pasado	300
37. Se acabó.	314
38. El relato que eliges contar	317
39. Hechos alternativos.	325
40. <i>Quid pro quo</i>	337
41. Negocios normales	355
<i>Agradecimientos</i>	369
<i>Notas</i>	371
<i>Índice temático</i>	463

El ladrón

Kensington, enero de 2008

Valor moral, sí, pero también era pillería, una cualidad apreciable en las arrugas que se le formaban en el rabillo del ojo, lo que hizo que Nigel Wilkins decidiera robar los secretos de un banco suizo.¹ Fue el año en que todo cambió, 2008, el fin de los viejos tiempos. Cuarenta años llevaba trabajando en la banca, aunque nunca había llegado a ser banquero. No de la forma en que los propios banqueros usaban la expresión, no de la forma en que los demás habían comenzado a usarla últimamente. Para empezar, él era demasiado tímido. Podía lanzar una mirada granítica a través de sus gafas. Pero tras ella no se hallaba únicamente la arrogancia reprimida del hombre más inteligente del que tuviera noticia todo aquel que lo conocía, sino también una insoportable incomodidad. Ningún amo del universo que se precie se dejaría ver, ni muerto, vistiendo una de las camisas de volantes de Nigel. Ni tampoco se rendiría tan animosamente ante la calvicie como lo hizo Nigel, sepultando el último de los que fueron, tiempo atrás, sus voluminosos rizos en una pequeña caja de cartón con la inscripción «pelo de Nigel» que se podía ver en un estante de su apartamento. De adolescente, Nigel se había sentido cautivado por el primer ministro laborista Harold Wilson, quien causaba terror entre la clase dirigente con sus prolongadas vocales de Yorkshire y su franqueza a la hora de explicar el significado del dinero: quién lo tenía, cómo lo consiguió y por qué la gran mayoría de los

que carecían de él estaba en posición de reclamar para sí una parte mayor. Nigel había empezado invirtiendo el dinero de su paga, de la misma forma que otros hacían experimentos con un juego de química o, los más crueles, sometían a una babosa a los efectos de una lupa. Ideas matemáticas con sentido práctico, eso era lo que le gustaba. Pensó en hacerse ingeniero, pero su temperamento requería una disciplina que dejara más espacio a la disensión y al debate. Descubrió la economía: el arte de contar historias sobre el dinero.

En su mundo, Nigel tenía más libertad que la mayoría porque, aunque había ganado mucho y se desprendía de poco, el dinero no lo atenazaba. Las cosas que los demás se sentían obligados a comprar eran para él un estorbo: teléfonos móviles, televisores. Él prefería su vieja radio y el antediluviano traje de tres piezas que le había regalado un amigo. Durante la guerra, su padre, Arthur Wilkins, había trabajado en una fábrica de vehículos blindados en Basingstoke, una monótona ciudad al oeste de Londres. Más tarde se hizo pastor metodista laico. Nigel Charles, su segundo y último hijo, nació a caballo entre las dos mitades del siglo, el 19 de marzo de 1950, como integrante de una generación para la cual la frugalidad, habiendo dejado de ser la única opción, se convirtió en una penitencia por los grandes sacrificios de los demás, o bien en una maldición que había que conjurar mediante el exceso material. El gran regalo de Nigel sería un billete en primera clase para un largo viaje en tren, principalmente para degustar los huevos revueltos de cortesía. Tal vez un poco de pastel a continuación, después de escuchar una charla edificante. En su apartamento —en una cuarta planta en Kensington, a un paseo vigoroso del palacio de Buckingham o de los parques reales; menos vigoroso cuando el pecho le daba problemas— prefería reparar antes que reemplazar. Sobre la repisa había una fotografía suya en una de sus ocasionales vacaciones, a bordo de una barcaza. Las estanterías estaban repletas de economía, finanzas, derecho internacional. *Behind The Corporate Veil*, *Codica contagiosa*, *What is Sarbanes-Oxley*? Si estas eran las herramientas de su vocación, las novelas de Thomas Hardy eran su solaz. Recurría a ellas tan a menudo

que los títulos impresos en sus agrietados lomos eran apenas legibles. *Jude el oscuro* era su favorita. Tal vez se viera a sí mismo reflejado en Jude. Tal vez comprendiera el significado de todos esos mamotretos acerca del funcionamiento de la riqueza cuando releía el fragmento sobre los tres hijos. «Porque somos demasiados.»² Nigel tenía también un único libro de autoayuda: *Overcoming Depression*. Parecía que nunca lo hubieran abierto.

Nigel fue un niño reservado. Sin embargo, con la edad adulta había surgido en él una desconfianza en la autoridad que rayaba en el desdén. Para su paso por la universidad, se había trasladado al lugar idóneo que le permitiera entregarse a esta vena antagonista: Manchester, una ciudad cuyos habitantes cultivaban el alegre arte de la insubordinación y estaban preparados para sufrir por ello. Hablaban de la masacre de Peterloo como si la recordaran. Se enorgullecían de los trabajadores que habían aceptado su destitución como el precio a pagar por alzarse contra los confederados esclavistas que suministraban el algodón para sus molinos. Fue Manchester la que engendró la Revolución industrial y todo lo que de ella derivó, incluyendo el Partido Laborista, cuya rama de Kensington, donde la renta media era la más elevada del país, tendría en Nigel a un firme candidato en sus quijotescas campañas para obtener el control del consejo municipal. Sus camaradas destacaban su efectividad como acicate de los poderosos y lo llamaban Exocet, un misil difícil de detectar antes de su detonación.

Nigel bromeaba —una broma a medias, para aquellos que la escuchaban— con que no sabría decir en qué consistía su trabajo porque era un secreto. Había estudiado criminología además de económicas, pero a lo largo de la mayor parte de su carrera no había hecho nada más intrigante que investigación económica. Los banqueros lo contrataban para hacerse una idea de cuáles podían ser los siguientes capítulos en las historias sobre el dinero, y él daba forma a los argumentos, proyectándose en la mente del clásico personaje estereotipado del economista, racional y cumplidor. Más tarde ocupó un puesto en el Departamento de Ejecución de la Autoridad de Servicios Financieros (FSA, por sus siglas en inglés), el órgano que su-

pervisaba a los bancos británicos. Allí, pensó al principio, había encontrado por fin su hábitat natural. Nigel era un rigorista, de esos que nunca te dejan hacer las cosas por la vía fácil. En la FSA no tardó en perder la esperanza con respecto a lo que él percibía como una reticencia a perseguir los delitos financieros.

Por fortuna, justo en ese momento surgió una oportunidad para la pillería, de esas que hacían brotar la sonrisa plana y hermética de Nigel. Pero Charlotte Martin estaba nerviosa. Conocía a Nigel mejor que nadie. Se habían conocido a raíz de una de las campañas que dirigía Nigel contra aquellos que él consideraba que estaban abusando de su poder; en esta ocasión se trataba de los arrendadores de los inquilinos de Londres. En lo que concernía a Nigel, los propietarios estaban aprovechando derechos feudales para chantajear a sus arrendatarios, entre ellos Charlotte. Se aprendió al dedillo la Ley de Arrendamiento y bombardeó a los barones de la propiedad con sus propias subcláusulas y su letra pequeña, ordenadas en una carta de denuncia tras otra. Charlotte era alta y esbelta. En su voz se adivinaba un dejo de sus raíces de Essex. Tenía una sonrisa que iba emergiendo lentamente para acabar iluminando todo su rostro. Fueron pareja durante un tiempo, y después almas gemelas platónicas. Incluso para ella, Nigel era a menudo inescrutable. Tenía la impresión de estar constantemente intentando leerlo, descifrarlo. Pero cuando él le dijo que había aceptado un empleo de algo llamado «responsable de cumplimiento normativo» en la sede londinense de un banco suizo, ella estaba segura de que aquello no traería nada bueno. Los banqueros suizos le iban a «apretar las clavijas», le advirtió. Nigel no quiso saber nada de eso. Era la ocasión de entrar: sería un perro guardián con piel de cordero. Los responsables del cumplimiento llevaban ya un tiempo rondando, pero tras un desfile de escándalos corporativos —Enron, WorldCom y los demás—, se volvieron omnipresentes, la conciencia designada de los grandes negocios. En la práctica, lo que normalmente hacían los responsables de cumplimiento normativo en los bancos era tratar de envolver

a la organización en un velo de rectitud, sin restringir de manera significativa la actividad lucrativa de los banqueros. El planteamiento de Nigel iba a ser precisamente el opuesto. «Puedo obligarlos a cumplir», le dijo a Charlotte. Su entusiasmo no contribuyó a tranquilizarla. Ella se lo repitió: «No te vayas al BSI». Pero él se fue y, por un tiempo, no hubo ningún mal en ello.

Eso fue dos años atrás, antes de que todo cambiara. Pero ahora Nigel ya veía lo que se avecinaba. El sector financiero —el que generaba dinero a partir del dinero— se estaba desmoronando, al menos por el momento. Veintidós días después de empezar el año 2008, la Reserva Federal de Estados Unidos aplicó recortes de emergencia en los tipos de interés. Por todas las superficies del apartamento de Nigel había recortes de las páginas de negocios o una extensa propuesta para poner coto a los inversores. Había colocado uno de sus resollantes sillones de espaldas al ventanal grande, de forma que la claridad previa al atardecer manara sobre sus hombros cuando estuviera allí sentado; abría un único botellín de cerveza —Old Speckled Hen, normalmente— y comenzaba la lectura vespertina. Como es natural, comprendía los títulos con garantía hipotecaria y las permutas de riesgo de crédito. Se daba cuenta de que la mayoría sería sacrificada en beneficio de unos pocos. Sabía que después del momento de pánico se iniciaría la búsqueda del pasado, para desentrañar el relato que siguiera la pista a partir del naufragio del dinero. Mucha gente, algunos casi tan inteligentes como Nigel, había sondeado hasta ese punto. Pero en lo que Nigel empezó a reparar durante el transcurso de 2008 fue en que todo el mundo iba a escarbar en busca del pasado en el lugar equivocado.

El padre de Nigel solía decir que todo aquel que hiciera el mal tendría su merecido. Su hijo pensó que había que hacer cumplir ese principio. En un viejo cuaderno ajado, que llevaba escrito en la cubierta «Ordenador al estilo de los setenta», registró las sospechas que se había formado en sus paseos arrastrados de ida y vuelta a la sede del BSI en la City de Londres. Había topado, dejó escrito, con el mayor fraude mun-

dial. Y había algo más, algo más profundo —Nigel lo percibía levemente, con un escalofrío—, relacionado de algún modo con lo que estaba sucediendo con el dinero: allá, a lo lejos, los gritos de los torturados, el silencio de los muertos.